

Dos viajes con cien años de intervalo

Dos viajes por la Orinoquia colombiana, 1889-1988

Fray José de Calazáns Vela y Alfredo Molano
Fondo Cultural Cafetero, Bogotá, 1988, 240 págs.

Realmente el Fondo Cultural Cafetero tuvo la idea magnífica de publicar las *Memorias de viaje* del padre dominico José de Calazáns Vela por la mayoría de los afluentes del Orinoco pertenecientes a Colombia. Los editores estaban convencidos de que era una obra inédita, sin serlo, ya que existía una primera edición realizada en Cartagena en 1936; sin embargo, ella es bastante defectuosa y tan difícil de conseguir como el original. Por lo tanto, se necesitaba esa nueva iniciativa, a fin de difundir en Colombia esta obra indispensable para conocer la situación del oriente colombiano a fines del siglo XIX.

El viaje de Vela, realizado entre los últimos días del mes de febrero y el 14 de noviembre de 1889, es una mezcla de misión oficial de acercamiento a las comunidades indígenas, a las cuales se quería "integrar" efectivamente a Colombia, y de trabajo misionero para planear futuras obras de poblamiento y adoctrinación de "salvajes". Siguiendo la costumbre de la época, se firmó un contrato entre el misionero y el ministerio de Hacienda, por medio del cual se financió su visita catequística, con el compromiso de presentar una memoria de todo el viaje. Vela cumplió, con excelentes resultados a punto tal que su obra constituye la mejor radiografía que se posee de esa región en su tiempo.

Cuando se realizó el viaje, la economía cauchera se expandía por el oriente. Ya en La Macarena, el Ariari y parte del Guayabero la Compañía Colombia había agotado los árboles de caucho negro, y se estaban iniciando las primeras entradas al Vaupés en búsqueda de esta goma. Lastimosamente, Vela no nos trae referencias más específicas sobre esas actividades y sólo habla un poco

sobre la destrucción de cauchales en el alto río Meta y luego alude a caucheras de los venezolanos en el Orinoco.

Como era de esperarse, el informe se concentra principalmente en la localización y en un censo rústico de las comunidades indígenas a lo largo del Ariari, Guaviare, Vichada y Muco. Al mismo tiempo, ofrece una desconsolada apreciación de la ausencia del Estado colombiano en la mayor parte de los lugares por él visitados, comparándola con la creciente presencia del Estado venezolano, representada en la empresa francesa Compañía General del Alto Orinoco. Esta, por haber adquirido un contrato de compañía privilegiada con Venezuela, se había apoderado prácticamente de una buena porción de estos territorios mediante un comercio apoyado en las armas.

El viaje de Molano y Roza es una visión veloz, con los aceleres del avión y de lanchas rápidas, tratando de comparar la situación cien años después que José de Calazáns Vela. Ya no se extrae el caucho, pero el cultivo de la coca hace también estragos entre las comunidades indígenas, y el endeude sigue predominando en las relaciones entre "blancos" y aborígenes. La situación social poco ha cambiado, aunque muchos de los protagonistas y sus descendientes hayan desaparecido. Tal es el caso de los indígenas Mitúas o guayaberos, que Vela encontró a orillas del río Ariari y de los cuales ya no existe vestigio alguno.

En los colonos y aventureros, que hoy han ocupado los lugares abandonados por las desplazadas comunidades indígenas, destaca Molano la violencia de su pasado y su presente. Han sido seres marginados por un Estado que nunca los benefició pero que sí han sido integrados dentro de las formas económicas más destructivas, de la naturaleza y del hombre, para beneficio de unos pocos caucheros, chicleros, mercaderes de pieles, marimberos, coqueros, los han explotado y los han dejado como una resaca humana que ha quedado sobre esa playa pudriéndose al sol. No se vislumbra ningún horizonte para ellos; sólo más violencia.

Posiblemente no estaremos presentes cuando se realice el viaje conmemorativo de los doscientos años de la expedición del fraile José de Calazáns Vela y, simultáneamente, los primeros cien del viaje efectuado por Alfredo Molano y Fernando Roza. Sin embargo, podemos estar seguros de que quienes lo lleven a cabo escribirán en sus memorias una plegaria para que la mente de los gobernantes se ilumine y "por fin" decidan acordarse de que el Guaviare y el Orinoco también forman parte de Colombia y necesitan la acción decidida del Estado. Sí, hay males que duran cien años y hasta los hay que tienen los lustres de la eternidad.

CAMILO DOMÍNGUEZ



Autodescubrimiento

12 de octubre de 1492: ¿Descubrimiento o invasión?

Renán Vega, Luz Marina Castro, Ismael Nájera, Clara Inés Rodríguez

Campaña de Autodescubrimiento de Nuestra América, Bogotá, 1988, 82 págs.

Los autores de este libro parten del principio de que el 12 de octubre no hay nada que celebrar, a menos que estemos interesados en festejar una guerra que perdimos.

Indudablemente, ellos se ponen del lado de los indígenas y consideran que el Descubrimiento alteró el proceso de evolución natural que lleva-

ban sus culturas, disponiéndonos desde entonces al subdesarrollo.

Y tras de que fuimos los perdedores en esta historia, siempre nos la han contado desde el punto de vista de los vencedores, elitista, heroico, machista y racista, el cual *sigue sirviendo en la actualidad para justificar la desigualdad existente en nuestro continente*, dicen con desesperación. Pues ha calado tan hondo, que generaciones enteras se han colocado en el bando del invasor, al enorgullecerse del antepasado europeo y despreciar la sangre indígena.

12 de octubre. . . es un librito sustancioso y entretenido que se puede leer a saltos y a ratos, pues su variedad de lenguajes y la diagramación clara fraccionan y aligeran la información. Tiene recuadros que amplían un tema, ilustraciones de época, dibujos, fotografías, mapas y caricaturas, a la manera de los efectivos *comics* para principiantes de Rius. La diversidad de fuentes y documentos que no esconden su preocupación por cederles la palabra a los americanistas, son reveladoras para jóvenes y lectores que sólo han tenido acceso a textos de historia tradicionales.

12 de octubre. . . es una clase de historia universal clara y concisa que hace caer en cuenta, en toda su dimensión, lo que significó este hecho del cual somos el centro y el resultado.

Relacionando causas y efectos, motivos y consecuencias; mostrando la simultaneidad de dos mundos y la complejidad de cada uno, estos nuevos historiadores se proponen y logran ofrecer una visión histórica total y de conjunto que da al lector muchos elementos de juicio para poderse formar el suyo propio.

Destacan el sentido ecológico de los indígenas, verdaderos conocedores y guardianes de la riqueza y equilibrio de esa naturaleza que sedujo a los conquistadores y éstos violaron, saquearon y abandonaron, dando comienzo a su erosión.

Se van haciendo pan y quesito por entre la encomienda, el resguardo, la mita y todas esas organizaciones socioeconómicas que Indalecio Liévano supo explicar con paciencia, y en el colegio se las saltan para bajarse por el rodadero de los virreyes y caer rapidito a la Independencia.

Ponen énfasis en la diversidad de pueblos y culturas que había en América cuando los europeos se la encontraron de sopetón, y les dan crédito a los caciques incas, aztecas y muiscas y a sus feroces retadores en un recorrido de las tres grandes culturas por las que los profesores con tapajos también pasan por encimita.



El recuento del otro lado del mundo, de Europa, también es muy esclarecedor, a excepción de un detalle que seguramente le incomoda a mi ignorancia: el epíteto de "rey-idiota" a Carlos V. Un rey que fue capaz de extender su imperio desde el punto donde sale el sol hasta por donde se oculta, no podía tener ni un pelo de idiota.

Planteo otra inquietud con la misma ingenuidad de lector que está abriendo los ojos ante la historia. Los fenicios, los sumerios, los griegos, los romanos. . . todos ellos murieron pero sus culturas están vivas. En cuanto trabajadores de la tierra, ¿no serán los campesinos los herederos directos de "nuestros primeros padres", ellos que recuerdan y practican secretos de la naturaleza, como los tiempos de siembra y de cosecha según las lluvias y la luna, los avisos de los animales, los contras medicinales de las plan-

tas? Y en relación con esas culturas, ¿cómo quedan nuestras comunidades indígenas sobrevivientes —convertidas en objeto de estudio de los antropólogos— y dónde quedan nuestros campesinos, también en vía de extinción?

Hoy por hoy, somos latinoamericanos y tercermundistas, remacha el libro, pero el recuento de *esta trágica historia de delación, muerte y dolor que para nuestros antepasados indígenas se inicia el 12 de octubre de 1492* lo termina en 1537 con la bula papal que descubre que los indios tienen alma, corazón y razón.

Yo cambiaría ese texto de lugar y daría un salto mortal a 1989, o al cantaleteado 1992 en un epílogo de la Latinoamérica actual, pues esos "nosotros" a que se refieren los autores todo el tiempo continuán siendo los indígenas del comienzo de la historia, como si los siglos de mestizaje y transformación no hubieran seguido moldeando a los habitantes de América.

Ese es otro tema, me dirán, y ojalá venga en camino otra cartilla, palabra que detesto, como detesto las cartillas y las conmemoraciones, pero que si no fuera por las unas y por las otras, cuántos hechos y personajes no quedarían perdidos en la oscuridad de la memoria de los que no han tenido la suerte de tropezarse con guías tan buenos como los de la Campaña de Autodescubrimiento de Nuestra América para que les ayuden a comprender quiénes son y de dónde vienen.

BEATRIZ CABALLERO

Veinte años no pasan en vano

Desde Heliconia hasta hoy a través del café
Alberto Vasco U.

Universidad de Antioquia, Medellín, 1988,
126 págs.

El pretender aparecer permanentemente con una publicación cada cierto tiempo, sin importar ni la calidad expositiva ni el rigor investiga-